

Cuento de terror corto

SA

TA

NA

David De los Santos

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

La literatura, como espejo de la condición humana, ha adoptado múltiples formas para explorar nuestras emociones, deseos y miedos más profundos. Hay historias que nos conmueven, otras que nos inspiran y algunas que, deliberadamente, nos perturban. Dentro de este vasto universo narrativo, el género del terror ocupa un lugar esencial, no solo por su capacidad de estremecer, sino porque nos recuerda la fragilidad de nuestra percepción de lo real.

El terror, lejos de ser un simple ejercicio de susto o morbo, es un territorio donde la mente se enfrenta a lo desconocido, a lo inexplicable, a lo que no se puede controlar. Es un género que nos obliga a mirar de frente lo que normalmente evitamos: la oscuridad, la locura, la muerte, lo sobrenatural... y, sobre todo, a nosotros mismos.

El relato que presento a continuación, *Los ojos*, nace precisamente de ese espacio incómodo, donde la frontera entre lo visible y lo invisible se diluye. Más que un simple cuento, es una experiencia que busca inquietar, cuestionar y, quizás, dejar una pequeña grieta en la aparente seguridad de la vigilia. Porque, al final, lo más aterrador no siempre es lo que se oculta en la sombra, sino lo que permanece justo frente a nosotros... mirándonos.

David de los Santos

SA

TA

NA

1

Los globos oculares no estaban en su lugar, pero tampoco afuera de ellos.

Como si fueran dos larvas atrapadas en un frasco de vidrio.

Y ahí —justo ahí— lo estremeció:

Desde la oscuridad de las cuencas... alguien lo miraba.

Y sin que pudiera evitarlo, su mirada se quedó allí. Fija.

Hipnotizada.

Como si esperara un parpadeo,
una respuesta,
un sonido.

Escucha:

Satanás te va a tomar. Y va a perseguirte toda la noche... mientras lees este libro.

Eso escuchó,
no en voz alta,
adentro,
como un pensamiento que no era suyo.

Tembló.

Sintió algo viscoso en las manos,
miró hacia abajo,
no era sangre.

Era tinta,
negra,
espesa,
cálida.

Y delante de sí, entre respiraciones
entrecortadas...
vio el libro abierto.

Y en la página —justo en la página—
tu nombre

.

2

—Tu nombre... —sí, le dijo María a su esposo—. Estaba tu nombre.

Mujer, necesitas dormir, le dijo él, sonriendo. Desde que el psiquiatra te dio esos medicamentos, que dicho sea de paso me salieron un ojo de la cara...

María lo miró. Se quedó pasmada.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Un ojo de la cara —repitió ella, en voz baja.

—María, por favor —replicó él, intentando sonar firme.

—No. Por favor...

—¿Por favor qué?

María miró hacia un lado. Y ahí lo vio:

Una especie de niño, deforme, oscilaba hacia arriba y hacia abajo. Tenía la mirada torcida, los ojos saltones, y una sonrisa —si podía llamársele así— que parecía cortada con cuchillas.

Los zapatos del niño (regalo a su hijo antes de fallecer en la plenitud de la infancia) giraban 180 grados, pero sus pies no.

Como si algo dentro de ellos forcejeara por salir.

Empezó a llorar.

Un gemido áspero, largo, como si arrastrara el alma.

La miraba.

Con una fuerza invisible que le arrancaba el corazón,

como si una mano peluda, negra mate, le abriera el pecho

y lo arrancara aún palpitando.

Gritó.

Y abrazó a su esposo.

Pero él... tenía la cabeza colgando, desencajada.

Inclinada a la izquierda.

Y entonces dijo el nombre.

¿Carlos?

¿Benial?

¿Banar?

Ese nombre.

El que no se debe pronunciar.

El que hace temblar las manos de quien decide
abrir aquel tesoro oscuro.

Ese nombre que revela el deber de no continuar,
pero el placer perverso de hacerlo igual.

Porque una vez que lo haces, ya no sales.

No despiertas.

Nunca más.

Despertar.

Despertar.

Despierta.

¡Despierta!

3

— ¡Despierta, María! — gritaba su esposo.

¿Pero sabía ella... que acababa de tener un falso despertar?

No.

Hasta que un grito —de una boca abierta más allá de lo humano— estalló en la habitación.

Y de esa boca cayó algo viscoso.

Tanta sustancia que la cubrió por completo.

El rostro.

El pecho.

El aliento.

Levantó las manos, buscando aire, pero ya era tarde.

Gritó.

Y al gritar, tragó parte de aquello.

— ¡Déjenme!

— ¡Suéltanme!

Sus brazos se ataron solos.

Como si la voluntad hubiese sido secuestrada.

Su cuerpo se arqueó con una violencia imposible,
como si una columna ajena la habitara.

Y en ese espasmo, de un solo golpe, se incorporó
en posición sentada y de frente.

Y vio.

Vio los ojos.

Los ojos que la leían.

Ojos sin luz.

Que no dejan de leer.

Y entonces, con una voz que no era suya,
sentenció:

—Mali. Satana. Lectum. Finile.

María cayó.

Sobre sus propios brazos.

Y el gallo cantó.